

729

Con sangre el honor se  
venga



Es propiedad  
de D. V. de Lalama.

Librerías de Jordan,  
Rios, Perez y Guesta.

# BIBLIOTECA DRAMÁTICA.

## CON SANGRE EL HONOR SE VENGA.

*Drama en tres actos y en verso, original de D. JUAN RUIZ DEL CERRO, para representarse en Madrid, en el teatro de Variedades, el año de 1847.*

*A su querido amigo D. JUAN DE LA ROSA,—El Autor.*

### PERSONAS.

LEONOR.  
JIMENA.  
DON FERNANDO, *rey de Castilla.*  
DON GARCIA, *rey de Navarra.*  
SANCHO FORTUÑO, *bajo el nombre de Guzman.*  
RAMIRO.  
GONZALO.  
MANRIQUE.  
ROBLEDO.  
DON TELLO.  
ROBERTO.  
*Soldados de Castilla y de Navarra.*

La acción del drama empieza á las diez de la noche del 31 de agosto de 1034, y concluye á las 24 horas.

### ACTO PRIMERO.

Interior de una casa pequeña de campo, situada no muy distante del valle de Atapuerca. Dos puertas laterales, que conducen á lo interior; en el fondo, una ventana y una puerta que dan á el campo. Es de noche. Se oye ruido de tempestad.

#### ESCENA PRIMERA.

LEONOR, SANCHO FORTUÑO.

SAN. En vano esperas que en la noche oscura, reinando la tormenta asoladora, Gustavo ose cruzar tan á deshora de este escondido bosque la espesura.

LEO. ¿Pensais acaso que el valor le falte porque la noche es lóbrega y oscura?

Jamás, padre, creais que la pavora á su indomable corazón asalte.  
¿Qué le podrá importar que el ronco trueno recorriendo los vastos horizontes, retumbe en las cabernas de los montes cual si rasgára su profundo seno?

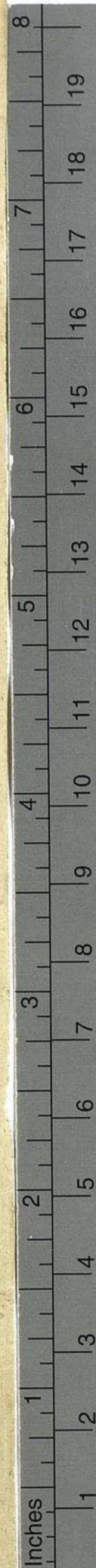
SAN. Conozco, Leonor, que un buen soldado que impávido á la muerte se presenta, el peligro casual de una tormenta sabe arrostrar con ánimo esforzado.

LEO. Pues entonces...

SAN. Leonor, el fuego insano tú no comprendes de la infanda guerra, que asolando cruenta nuestra tierra, llama á la lid á el pueblo castellano. Hoy que tal vez la trégua ha concluido que suspendia el combatir sangriento, nadie osará salir del campamento, porque á la paz la guerra ha sucedido.

LEO. Es verdad, solitaria entre las flores que me vieron nacer, sin que ni un hora saliera de esta selva encantadora, ¿qué puedo comprender de esos horrores? Yo que jamás osé con mi mirada las torres divisar de esas ciudades, que me pintais tan llenas de maldades, y dónde fué mi madre desgraciada?

SAN. Harto sufrió, Leonor: hasta que huimos de ese liviano mundo escarmentados, y en esta selva, tristes y olvidados nuestra pena y dolores escondimos. En esta soledad, la aciaga suerte que nos hirió cruel, lloró angustiada, hasta que al cabo triste y abrumada con su dolor, la sorprendió la muerte. Entonces, tú, Leonor, también quedaste en medio de estos yermos desvalida,



Colour Chart #13

Blue Cyan Green Yellow Red Magenta White 3/Color Black

siendo yo tu leal y única egida,  
y tú quien mis desgracias aliviaste.  
Mas á qué recordar tan triste historia;  
si aun me queda una sombra de amargura,  
al contemplar tu cándida hermosura  
desaparece al fin de mi memoria.  
Porque tú eres el Dios que en mi destierro  
me hace olvidar la afrenta de mi ultraje,  
y hasta el villano y campesino traje  
donde mi nombre y mi venganza encierro.

LEO. Siempre hablais, padre mio, de una afrenta  
que contármela nunca habeis querido.

SAN. No la preguntes mas; dala al olvido,  
y jamás de ella me demandes cuenta.  
Ultrajes hay en nuestra suerte impia,  
que el infeliz y misero agraviado,  
si no logra por si verse vengado  
debe ocultar bajo la losa fria.

Pero gran Dios, cual tormenta ruje  
iluminando el negro firmamento,  
y el huracan airado y violento  
entre los róbles de la selva muge!

LEO. Sombria noche!

SAN. Si, tormenta horrible,  
que antes que á campo raso entumecido,  
pasarla con un moro, guarecido  
en su propio solar, es preferible.  
*(se oye llamar en la puerta del fondo.)*

LEO. Mas no oisteis llamar? Impacientados  
sin duda algunos á la puerta esperan.  
Oh! si Gustavo y su escudero fueran!

SAN. Quién es? *(mirando por la ventana.)*

GAR. *(desde fuera.)* Dos viajeros extraviados  
que del camino habiéndose perdido,  
por medio de esta lóbrega espesura,  
con la tormenta y con la noche oscura,  
un albergue á pedir hemos venido.

SAN. Entrad, voto á Santiago, en mi cabaña,  
que aunque pobres y miseros estamos,  
nuestro asilo y un pan jamás negamos  
los francos hijos de la noble España.

### ESCENA II.

*Dichos, DON GARCIA, en traje de caballero, y ROBERTO.*

GAR. Gracias, amigo; que os proteja el cielo  
por el grato solaz que me habeis dado.

SAN. Entrad ligero, que vendreis cansado,  
y en medio de esta admósfera de hielo,  
lumbre necesitais con que recobre  
su perdido vigor y tome aliento  
vuestro arrecido cuerpo, y alimento  
que á disponeros voy, aunque soy pobre,  
limpio y sabroso.

*(mientras Sancho Fortuño habla con Leonor, que cubre la mesa, don Garcia le dice aparte á Roberto.)*

GAR. Entiendes, al momento  
que le asegures bien, cieñra la puerta,  
y no lejos de aqui quedas alerta  
á mi mandato y á mi voz atento.  
Si alguno á entrar viniere y muestra brio,  
estórbale el camino con tu acero,  
y antes de entrar aqui, pase primero  
sobre tu tronco desangrado y frio.

*(á Sancho Fortuño.)*

Antes, que á mi escudero franqueaseis

vuestra caballeriza yo quisiera,  
y á nuestros dos caballos, que están fuear,  
en ella acomodarle permitieseis.  
Y dispensad...

SAN. Dejemos cumplimientos.

Escudero, seguidme sin demora,  
que grata cena y lumbre bienhechora,  
nos esperan pasando unos momentos.

*(Sancho Fortuño toma una tea y se retira por el fondo seguido de Roberto.)*

### ESCENA III.

DON GARCIA, LEONOR.

LEO. Buen hidalgo, si asentaros  
os place junto al hogar,  
podeis mejor á la par  
descansar y calentaros.

GAR. Mil gracias. Pero os marchais?

LEO. Voy el lecho á disponer  
donde os debeis recoger.

GAR. Mas por qué asi os molestais  
tan solamente por mi,  
cuando asi que la tormenta  
calme su furia cruenta  
debo alejarme de aqui?

LEO. Ah! no, que un gran desatino  
sin duda alguna seria,  
antes de rayar el dia  
proseguir vuestro camino.

GAR. Sin duda que es imprudente;  
mas si retardo el marchar,  
una jóven va á quedar  
deshonrada torpemente.

LEO. Oh! que infamia, santo Dios!  
Entonces, si, si, partid,  
mas es muy lejos, decid?

GAR. Debeis conocerla vos.  
Segun me han dado las señas,  
es una jóven hermosa  
que siempre ha sido dichosa  
entre las rústicas breñas  
de esta humilde soledad,  
creciendo en su juventud,  
siempre llena de virtud,  
siempre exenta de maldad.

LEO. Sabeis su nombre?

GAR. Leonor.

LEO. Y sabeis si tiene madre?

GAR. No, solo existe su padre.

LEO. Llamado?

GAR. Guzman.

LEO. Que horror!

Y esa jóven, no decis  
que va quedar deshonrada?

GAR. Esta noche.

LEO. Desgraciada!

GAR. Pero por qué os afligis?

Si estoy alli, como espero,  
antes de el alba rayar,  
os juro la he de amparar  
por la fè de caballero.

La senda vaisme á decir  
por donde antes llegaré,  
que yo alli la salvaré  
ó por ella he de morir.  
Está muy distante?

LEO. No.

GAR. Y vos la conoceis?

LEO. Si.

GAR. Dónde está su albergue?

LEO. Aquí,

y esa infelice soy yo.

GAR. Sois vos?..

LEO. Si, soy Leonor;

ahora sin que preguntéis,  
harto comprender debeis  
la causa de mi dolor.

GAR. Sin duda el cielo escuchó  
mis votos; si, si, animaos,  
y á partir apresuraos  
que la tormenta cesó.

LEO. Pero, decidme primero  
quién á mi honor atentaba,  
que así villano intentaba...

GAR. Un cobarde caballero  
que del traidor D. Fernando  
siguiendo el pendon sangriento,  
llevaros á el campamento  
queria.

LEO. Crimen infando.

Sin duda alguna seria  
Gustavo, y á visitarme  
venia, para robarme  
con tan baja villania.  
Yo que tanto le apreciaba,  
y él, fingiéndose mi amigo,  
como un cobarde enemigo  
contra mi honor conspiraba.

GAR. (ap.) Fortuna fué que acerté;  
pues sin estar orientado,  
por su pregunta apremiado  
tal respuesta improvisé.

LEO. Bien paga vuestra amistad. (alto.)

Oh! yo le apreciaba, si,  
y él sin compasion de mi,  
se burlaba sin piedad.

Y esta noche, al fementido  
ya impaciente le esperaba  
sin saber que me engañaba!  
GAR. Ved que todo se ha perdido  
si él aqui nos sorprendiera  
con los suyos, yo espirando  
caeria, por vos lidiando,  
mientras ya su prisionera  
quedabais.

LEO. Si, si, á marchar  
vamos al punto.

GAR. (ap.) En mis brazos  
se arroja, sin que los lazos,  
en que cae dé en sospechar.  
(alto.) Partamos.

LEO. Si, si... mas no,  
aguardad un solo instante,  
fuera una accion infamante  
huir solamente yo,  
y dejar desamparado  
á mi anciano padre, solo,  
á la venganza y al dolo  
de mi enemigo entregado.

GAR. No importa, salvaos vos,  
que es lo que interesa mas,  
y abandonad lo demas  
á la voluntad de Dios.

LEO. Ah! no, no; antes que huir  
á mi padre abandonando,  
prefiero sola, luchando

contra mi raptor morir.

GAR. (ap.) Contraria estrella es la mia,  
mas pues la ocasion me ampara,  
si de robarla dejára  
vergüenza infame seria.

(llamando por el fondo.)

Roberto, pronto á mi, hola! (á Leonor.)

Pues no me quereis seguir,  
inútil es el fingir;  
sabed que estais aqui sola.

LEO. Ah! cobarde villania.

GAR. Tened la lengua callada;  
sabe que estas, desgraciada,  
en poder de D. Garcia.

#### ESCENA IV.

Dichos, DON FERNANDO, por el fondo, calada la vi-  
sera.

GAR. Seguidme.

FER. Atrás el villano.

GAR. A mi villano!

FER. Si, á vos.

Haceos atrás, vive Dios,  
que os juro que de mi mano  
el peso habeis de sentir,  
ó ante mis plantas caido,  
la espada como un bandido  
postrado habeis de rendir.

GAR. Rendiros yo así mi espada...  
vos sois quien debeis aqui  
tener delante de mi  
levantada la celada.

FER. Si la quereis levantar  
venid á mi.

GAR. Si... mas no,  
seria mengua que yo  
fuera con vos á lidiar.  
Sabeis quién soy?

FER. He sabido  
que en Navarra sois el rey,  
mas ultrajando á la ley,  
aqui en Castilla, un bandido.  
Si, no os asombre saber  
que solo un bandido os llame,  
cuando habeis venido, infame,  
á robar una mujer.

LEO. Con que el traidor me engañaba?

FER. Si, os engañaba, Leonor;  
solo él contra vuestro honor  
cobarde y vil conspiraba.  
El, que rey se osó llamar  
porque ciñe una corona,  
signo noble, que no abona  
si no hay justicia al obrar.  
Torpe rey, que en oprimir  
solo á tu pueblo has pensado,  
preparate que ha llegado  
tu momento de morir.

Aqui ya no sois el rey,  
sois un alma condenada,  
que os castiga con mi espada  
de Dios la suprema ley.

GAR. Pues bien, el infierno mismo  
mi rabia secundará,  
y horrendo te arrojará  
sobre su inflamado abismo. (ríen.)

ROB. (dentro.) Aqui está el traidor, soldados.

:

GAR. Oh! mis valientes, volad,  
y que caiga sin piedad  
á nuestros golpes airados.  
LEO. Dios mio, dad á su espada  
de la victoria el valor,  
que en ella estriva el honor  
de esta mujer desdichada.  
FER. No temais, no triunfarán,  
que aunque vengan mas bandidos,  
ante nuestros pies rendidos  
á el instante quedarán.

## ESCENA V.

Dichos, Roberto, seguido de algunos hombres de armas penetra en la escena, y acomete á Don Fernando; mas á el oír á los ballesteros de Castilla, la abandona seguido de los suyos. Hasta el fin de esta escena, se percibirá ruido de armas. Don Fernando, al entrar Roberto, tocará una trompa de caza que llevará pendiente de un cordon, y poco despues se escuchará gritar dentro, á los ballesteros de Don Fernando, este verso.

SOLDADOS. (*dentro.*) Castilla por D. Fernando.  
FER. (*á don Garcia que habrá quedado ya solo.*)  
Aunque haceis de diestro alarde,  
os veo como un cobarde  
delante de mi cejando.  
GAR. No.  
(*dentro repiten otra vez, aunque mas cerca.*)  
Victoria por Castilla.  
FER. Si el vencimiento desgarras  
tu pecho, rey de Navarra,  
ve allí á llorar tu mancilla.  
Y sabe que de la ley  
siempre noble defensor,  
es tu solo vencedor  
de Castilla el fuerte rey.  
(*al decir este verso se alza la visera.*)  
GAR. Ah! mi hermano, maldicion. (*huye.*)

## ESCENA VI.

DON FERNANDO, LEONOR.

LEO. Vos el rey?  
FER. De qué te espantas?  
LEO. Permitid que á vuestras plantas...  
pues solo mi salvacion  
he debido á vuestra alteza.  
FER. Si soy un rey, no os asombre,  
dadme, Leonor, otro nombre  
que cuadre á nuestra franqueza.  
Dejad un titulo vano  
que, por si solo, no es nada,  
mas, que me aprecieis, me agrada  
como á un franco castellano.

## ESCENA VII.

Dichos, SANCHO FORTUÑO, y algunos ballesteros de D. Fernando.

LEO. Ah! padre mio. (*arrojándose en sus brazos.*)  
SAN. Leonor!  
Quisieron robarte!!!  
LEO. Si,  
mas padre, mirad aqui  
mi bravo libertador.  
SAN. Gustavo?  
LEO. No. D. Fernando,

rey de Castilla y Leon,  
esel audaz campeon  
que absorto estais contemplando.

SAN. El rey!

LEO. Guzman, perdonad  
que con nombre disfrazado,  
me haya en vuestra casa entrado  
á obtener vuestra amistad.  
Que no he querido venir  
con pompa y orgullo vano,  
cual monarca castellano  
vuestro afecto á recibir,  
sino cual noble soldado,  
que sin mas bien que su espada,  
que le amen solo le agrada  
por lo valiente y honrado.  
Siendo asi, mi corazon  
de orgullo lo siento lleno,  
pues libre está del veneno  
de servil adulacion;  
porque entonces no es al rey  
á quien aman, sino á el hombre,  
miserio hijo sin nombre,  
del pueblo á quien llaman grey.

SAN. Digisteis bien, D. Fernando,  
á el déspota poderoso  
se le recibe afectuoso  
mientras conserva su mando.  
Mas si algun dia caido  
se encuentra ya y sin favor,  
entonces todo el horror  
que el pueblo le hubo tenido  
mientras bajo él suspiraba,  
le muestra en su enojo insano;  
porque ya no es el tirano  
que con la fuerza mandaba,  
sino un hombre sin honor,  
lleno de pavor servil,  
con las ideas de un vil  
y el corazon de un traidor.  
Mas no asi el pueblo ve en vos  
un ominoso tirano,  
sino un justo soberano  
sombra en la tierra de Dios.  
Un noble y benigno rey  
que desde el noble á el pechero,  
os llaman el justiciero,  
y el fiel sostén de la ley.

FER. Guzman...

SAN. Atended, señor,  
que á quien no estimo, no alabo,  
si bueno era ayer Gustavo,  
hoy D. Fernando es mejor.

FER. Pues si tanto me apreciáis,  
á mi fuerte campamento  
marchar en este momento,  
espero no os opongais.

SAN. Nosotros, señor?..

FER. Si, vos.  
Aqui, ante la furia impia  
del traidor de D. Garcia  
osareis quedar los dos?  
Acaso olvidais, Leonor,  
que en este mismo aposento  
quedasteis, hace un momento,  
entregada á su furor?

LEO. No, jamas olvidaré  
tan torpe y villana accion,  
al par que en mi corazon

vuestro esfuerzo grabaré.

SAN. Si, partamos sin tardanza,  
que en el combate del dia,  
yo buscaré á D. Garcia,  
con el hierro de mi lanza.  
E iguales en fuerza y ley,  
romperé en mi arrojado fiero,  
mi lanza de caballero  
contra su frente de rey.

FER. Guzman, ved...

SAN. No tan villano  
soy cuanto muestra mi traje,  
con él encubro un ultraje  
que es un misterioso arcano.  
Cuando ante mi fiera saña  
quien me afrentó haya espirado,  
le descubriré, vengado,  
ante la faz de la España.

### ESCENA VIII.

Dichos, D. TELLO.

TELLO. Al seguir atacando á D. Garcia  
hasta el pie de su mismo campamento,  
he podido escuchar, hace un momento,  
el clarín á sus gentes convocar.  
Y á sus tiendas mirando con cuidado  
he visto á el resplandor de las hogueras,  
sus soldados do quier las armas fieras  
con presteza sôlicita empuñar.

FER. Vos, Guzman y Leonor, pronto, partamos.  
D. Tello, de mis fieles castellanos,  
sacad los ballesteros veteranos  
que nuestros flancos deberán cubrir.

TELLO. Partid pronto, señor; ya por el monte  
D. Garcia y la gente de su bando,  
resueltos hácia aqui vienen marchando,  
sus armas con las nuestras á medir.

FER. Dejadlos, pues, que hasta nosotros lleguen.  
Qué importa su soberbia y su bravura?  
Aqui en las sombras de la noche oscura  
á nuestro airado esfuerzo cederán.  
Si luz nos falta, las ardientes llamas  
que abrasarán sus reales destrozados,  
en medio de estos campos dilatados  
nuestro glorioso triunfo alumbrarán.  
A su encuentro venid, bravos soldados,  
y que solo sus míseros despojos  
se presenten do quier á nuestros ojos  
cuando aparezca el venidero sol.  
Hagamos ver á el asombrado mundo  
que para combatir con osadia,  
ni aun la radiante luz del claro dia  
necesita el intrépido Español.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

## ACTO SEGUNDO.

Sala del caserío donde está aposentado D. Fernando.  
Dos puertas laterales, y una ventana; una puerta en el  
fondo; un hogar encendido. Noche.

ESCENA PRIMERA.

MANRIQUE, ROBLEDO.

ROB. (*entrando.*) Salud, Manrique.

MAN.

Dios os guarde.

ROB.

Por piedad  
mas leña añadid á el fuego,  
y haceos un poco atrás; (*sentándose.*)  
si sigue reinando asi  
este espantoso huracan,  
mas tieso que una sardina  
me voy á la eternidad.

MAN.

Robledo, que como á un niño  
os vea yo asi temblar?  
Que tanto al frio temierais  
no me imaginé jamás.  
Yo crei que vuestro temple  
y ese arreo militar,  
os tornáran en un mozo  
con mas fuegos que un volcan.

ROB.

Lo que es mi temple, Manrique,  
no sé que calor tendrá,  
pero la férrea armadura  
adquiere una frialdad,  
que si asi sigue, yo os juro  
que no la podré aguantar.

MAN.

Sufridla por esta noche,  
que á la primera señal  
con que despunte la aurora,  
fuerza es á la lid marchar.  
Alli entre el duro egercicio,  
y entre el retintin fatal  
de los templados aceros,  
Robledo, os puedo jurar,  
que mas de lo que quisierais  
sudareis, con el afan  
de tomar pronta venganza  
de esa canalla infernal.

ROB.

Manrique, teneis razon;  
de rabia me enciendo ya;  
la sangre hierva en mis venas  
tan solo á el considerar,  
que mañana podré osado  
entre el combate marcial,  
castigar de esos rebeldes  
la osadia y el desmán,  
vertiendo su sangre impura  
que á torrentes correrá.

MAN.

Asi me gustais, Robledo;  
esa sed de batallar  
que abrigais tan noblemente;  
ese belicoso afán  
por destruir esa tropa  
sin honor ni lealtad,  
en el reñido combate  
victoria y prez logrará.

ROB.

No ansio gloria ninguna,  
solo ambiciono el triunfar  
del Navarro, y fio en Dios  
que á nuestra causa dará  
el premio de la victoria,  
que Dios premia la equidad.

MAN.

Si, Robledo, la justicia  
á nuestro favor está.  
El navarro fementido  
rompió su fè desleal,  
quiso traidor y cobarde  
á su hermano asesinar,  
mas no pudiendo su infamia  
conseguir tan negro plan,  
con sus tercios aguerridos  
Castilla empieza á talar,

El espera con la fuerza  
 nuestro valor humillar,  
 para, despreciando inicuo  
 las leyes de humanidad,  
 á su hermano en un cadalso  
 como á un vil asesinar.  
 Por este medio, imagina  
 con toda seguridad  
 de Castilla y de Leon,  
 la corona arrebatár,  
 undiéndonos á nosotros  
 bajo su carro triunfal.  
 Mas, ay del rey D. Garcia:  
 que vale que en necio afán  
 con sus huestes por Castilla  
 se meta cruel y audaz?  
 Que vale que á sus soldados  
 traiga imprudente á lidiar,  
 si sus viles pensamientos  
 jamás cumplidos verán?  
 El juzga que aqui en Castilla  
 podrá triunfante reinar,  
 porque ha olvidado en su enojo  
 que hay brazos que se alzarán,  
 su poder y su bravura  
 con bizarria á cortar.

ROB. Asi será, mas decidme,  
 volvió D. Fernando ya  
 de ese nocturno paseo  
 que ha seis noches suele dar,  
 por fuera del campamento?

MAN. Aun no volvió.

ROB. Voto á San,  
 que ese singular paseo  
 mucho me da en que pensar.  
 Sin duda que importantísimo  
 algun asunto será,  
 el que le obligue á salir  
 aun hoy mismo?

MAN. No en verdad.  
 Solamente el campamento  
 de D. Garcia espiar,  
 y el pasar á esa espesura,  
 que no muy lejana está,  
 donde quedan sus soldados  
 siempre en centinela audaz,  
 mientras en una alqueria  
 se entra él solo á descansar.

ROB. Dios quiera que ese descanso  
 no nos ocasione un mal.

MAN. Un mal decis?

ROB. Si, Manrique.  
 No conocéis que podrán  
 sorprenderle fácilmente  
 los de Navarra?

MAN. No tal,  
 que sus bravos ballesteros  
 junto á la alqueria están,  
 y primero perecieran  
 en combate desigual,  
 que como tropa cobarde  
 á su rey desamparar.

ROB. Asi sea. Mas, Manrique,  
 deseo impaciente ya  
 que dé el sonoro clarín  
 del combate la señal.

MAN. Robledo, no lo dudeis;  
 quizá mañana será,  
 que hartos dias esperamos

aqui, con ardiente afán,  
 en tanto que Doña Sancha  
 ajustar quiere la paz.  
 Mas es pensamiento vano;  
 sangrienta guerra no mas  
 es lo que puede la reina  
 de D. Garcia esperar.  
 Por eso, amigo Robledo,  
 mañana rompemos ya  
 esta tregua, que al principio  
 no debimos aguantar.  
 Mañana, si, nuestro brazo  
 la espada libraré audaz,  
 y en la corte de Navarra  
 nuestro pendon clavaré.

ROB. Mas no percibis rumor?

MAN. No.

ROB. Si, un momento escuchad.

MAN. En efecto, será el rey  
 que á la tienda volverá.

### ESCENA II.

*Dichos, DON FERNANDO, LEONOR, SANCHO FORTUÑO,  
 y ballesteros, que luego se retiran capitaneados  
 por DON TELLO.*

FER. Valientes soldados, gracias;  
 á vuestras tiendas tornad,  
 que es preciso que mañana,  
 de la aurora al despuntar,  
 dé el ronco clarín guerrero,  
 del combate la señal,  
 pues en él todos debemos  
 pronta venganza tomar,  
 del traidor, que en esta noche  
 soñó vencernos. Marchad.  
 Leonor, calmad vuestra cruel angustia:  
 que no mas el amargo sentimiento,  
 con su dolor y pena asoladores,  
 acibaren la paz de vuestro pecho.  
 Libre ya del traidor que ardiendo en ira  
 quiso atacarnos de venganza lleno,  
 á mi lado os mirais, con vuestro padre  
 en medio de mi regio campamento.  
 Solo la dulce paz, la paz perdida  
 que alegre recobreis es mi deseo.

LEO. Esa paz que anhelaís que ahora disfrute,  
 en este instante recobrar no puedo.  
 La angustia, la fatiga, el sobresalto  
 que he recibido por el monte espeso,  
 cruzando al retirarnos, ha oprimido  
 como una mano de pesado hierro  
 tanto mi corazón, que me ha cortado  
 casi el difícil y penoso aliento.

SAN. Aqui tranquila recobrarle puedes,  
 que un breve espacio de apacible sueño  
 dará quietud á el ánimo agitado,  
 y alegría y solaz á el dulce pecho.

FER. Manrique, haz que Jimena en este instante,  
 venga al punto contigo á este aposento.  
 (Manrique se retira por la derecha.)

### ESCENA III.

*Dichos, menos MANRIQUE.*

SAN. Leonor, hija del alma, ese quebranto  
 que á turbar vino tu feliz sosiego,  
 procura desechar.

LEO. Con el descanso,  
en breve tiempo remediarle espero.  
Padre no imagineis, porque agitada  
me veis ahora, que cobarde miedo  
mina mi corazon; solo es cansancio  
de venir hasta aqui siempre corriendo,  
por medio de este bosque pantanoso,  
sin encontrar camino ni sendero.  
Que congojosa noche! Hasta sus rayos  
la candorosa luna, allá en el cielo  
lóbrega retiró, velando triste  
su nacarada faz, entre el siniestro  
y lúgubre crespon con que las nubes  
enlutan el risueño firmamento.

## ESCENA IV.

*Dichos, MANRIQUE y JIMENA.*

FER. Jimena, en esa estancia aqui vecina,  
mandad al punto disponer un lecho,  
donde esta bella y afligida jóven  
descanse en brazos de apacible sueño.  
Tú su dama serás; sírvela atenta  
con tierno afecto y cariñoso esmero.

*(á Leonor.)*

Leonor, si es que gustais, desde este instante  
os podeis retirar.

LEO. Voy al momento,  
que solo un hora de feliz reposo  
dará la calma á mi agitado pecho.

## ESCENA V.

*DON FERNANDO, SANCHO FORTUÑO.*

FER. Manrique, en ese próximo aposento  
con Robledo mis órdenes espera.

*(se retiran por la izquierda.)*

Vos, noble Guzman, tomad asiento  
ante esa roja y chispeante hoguera,  
y alejad de vuestra alma el sentimiento;  
que amarga mengua á vuestro brio fuera  
del combate alvergar desconfianza,  
cuando esperais ansioso la venganza.

SAN. No es el dudar del triunfo del combate  
lo que á mi triste corazon da pena;  
otro dolor mayor es el que abate  
á mi aciaga existencia, que envenena  
cual ponzoña letal y asoladora,  
del deshonor la mancha aterradora.  
Es una lucha que en la mente mia  
se agita sin cesar; es una idea  
ante la cual sucumbe mi osadia,  
y que al quererla huir, mas la desea:  
es una idea que me acosa impia,  
sin que otro medio en mi deshonor vea,  
con que lavar la afrenta que ha empañado  
mi antiguo nombre nunca mancillado.

FER. Pues tanto el recordarla os amedrenta,  
sin duda alguna que será temible?

SAN. Si, don Fernando; es muy cruel, sangrienta:  
tanto mas formidable y mas horrible,  
cuanto al pensar en ella mas se aumenta,  
y torna al corazon menos sensible:  
á su recuerdo solo, si pudiera,  
toda la sangre del traidor vertiera.

FER. Si es que mi apoyo remediar en algo  
pudiera vuestro afan, sin mas tardanza

descubrios á mi; por cuanto valgo,  
decidmelo con toda confianza;  
por fiado con mi cabeza salgo,  
de que hallareis al fin vuestra venganza:  
donde, infeliz, se ocultará el villano  
que no le alcance mi potente mano?

SAN. No muy lejos de aqui; mas no bastara  
para él vuestro esfuerzo y bizarria,  
si esquivarlos prudente imaginara:  
de vuestra rabia acaso se reiria,  
y aun de la misma fuerza se burlara,  
si hoy no le hundiera su fortuna impia;  
que aunque él se mofa de su negra suerte  
solo le espera ya sangrienta muerte.

FER. De mi poder burlarse? Es imposible.  
Cómo podrá existir uno que osado  
se atreva á dar un paso tan temible?  
Si alguno hubiera que traidor y airado  
arrostrara mi cólera terrible,  
de mi justicia y trono respetado,  
la recta ley su crimen castigara  
y en cenizas al punto le tornara.  
Dónde escondiera su fatal mancilla  
el traidor que mis órdenes burlase?  
Dónde encontrara una rebelde villa  
que en su cobarde fuga le amparase,  
sín que al soberbio trono de Castilla  
aun dentro de sus muros no temblase?  
Al llamar mis leones á la guerra,  
¿quién no temiera en la asombrada tierra?  
El Portugal, con su renombre vano,  
huyó al mirar mis fuertes escuadrones,  
y entre las presas del combate insano,  
donde dejé tendidas sus legiones,  
su mismo gefe me entregó en mi mano,  
ya vencidos y rotos, sus pendones,  
mientras en sus torres y baluartes dueña  
al viento daba mi triunfante enseña.  
El arrogante y victorioso moro,  
al quererme atacar con sus infieles,  
negando el feudo que me daba en oro,  
rotos miró y dispersos sus gomeles;  
su oriflama perdida y su tesoro,  
y sus vencidos restos, cual lebreles  
que acosa y sigue cual su sombra el miedo,  
entrar huyendo en la imperial Toledo.  
Leon tambien con su pujanza y brio  
cruzó impaciente la nevada sierra,  
y audaz entrando por el reino mio  
quiso asolarle con su cruda guerra,  
y en la fatal contienda yerto y frio  
viendo á mis golpes su monarca en tierra,  
sus vasallos entonces me aclamaron  
y por rey de Leon me coronaron.  
En los dominios de la estensa Europa,  
hoy respetan mis armas y mis leyes,  
temiendo todos que mi fiera tropa  
destruce sus soldados y sus reyes;  
que ante el pendon morado de Castilla  
tiembla el cristiano, el árabe se humilla.  
Asi, Guzman, decidme prontamente  
el nombre del traidor que os ha ultrajado,  
que aunque sostenga su cobarde frente  
la diadema de un reino dilatado,  
rompérsela sabré bizarramente  
por haberla villano deshonorado,  
que el rey que infame á su vasallo ultraja  
su trono mancha y su poder rebaja.

SAN. El nombre del traidor que haciendo alarde

de su inmenso poder y su grandeza  
 mi deshonor logró, fuerza es que guarde  
 aquí en mi corazón con entereza,  
 hasta que al castigar su villanía  
 muestre mi honor ante la luz del día.  
 Cuanto os puedo decir, es que el infame  
 que el limpio honor de mi blason desgarró,  
 cuando el clarín para lidiar nos llame  
 le hallaré entre los tercios de Navarra,  
 donde á los botes de mi fuerte lanza  
 pienso encontrar felice mi venganza.  
 Entonces yo también, altivo y fiero,  
 usaré de mi nombre respetado,  
 que aunque hoy bajo este sayo tan grosero  
 me mantengo escondido y sepultado,  
 cubierto altivo del arnés guerrero  
 espuelas de oro indómito he calzado;  
 que si hoy la suerte oscureció mi gloria,  
 algún día me dió prez y victoria.

FER. Pues bien, Guzman, si en el combate, an-  
 sioso

esperais vuestro honor dejar vengado,  
 ceñid al punto del arnés glorioso  
 vuestro pecho valiente y ultrajado.  
 A ese aposento entrad, donde oficioso  
 Manrique os dispondrá firme y templado  
 un traje de lidiar, en cuya malla  
 se embotará el acero en la batalla.  
 Ese villano saco que hasta ahora  
 vuestro nombre encubrió, y esos trebejos  
 para siempre arrojad, que ya la aurora  
 del vecino orizonte no está lejos,  
 para alumbrar la lucha destructora  
 con la brillante luz de sus reflejos,  
 donde á favor de vuestro impulso fiero  
 recobreis el honor de caballero.

SAN. Y donde al par que vengue mi persona  
 con firme esfuerzo y brazo denonado,  
 vuestra régia corona  
 defienda bravo cual leal soldado;  
 que si mi causa la justicia abona,  
 el golpe que mi honor deje lavado  
 al traidor arrancándole la vida,  
 vuestra guerrera lid tal vez decida.  
 (se retira por la izquierda.)

#### ESCENA VI.

DON FERNANDO, LEONOR.

FER. Tan pronto aquí, Leonor?

LEO. Me he figurado  
 de mi padre escuchar la voz airada,  
 y un peligro temiendo, acelerada  
 de mi tranquilo lecho me he lanzado.  
 Ah! perdonad, señor, aquí en mi mente  
 un sombrío y fatal presentimiento  
 abrigo á mi pesar, que turbulento  
 acibárami pecho tristemente.  
 Es una sombra que do quier terrible  
 delante de mis pasos abanzando,  
 con fatídica voz me está anunciando  
 que esta noche ha de serme harto terrible.

FER. Leonor, ese fantasma que horroroso  
 causa cruel vuestro voraz martirio,  
 es creación, sin duda, de un delirio  
 forjado en vuestro sueño pavoroso.  
 Creedme, desechad esa quimera  
 que osó turbar vuestro reposo, airada;

si algún peligro positivo hubiera,  
 cejára al punto ante mi fuerte espada.  
 Calmaos; quién Leonor aquí podría  
 alzar su sola voz en contra vuestra?  
 De mi potente y formidable diestra  
 quién la furia á arrostrar se atrevería?  
 Mientras esteis, Leonor, aquí á mi lado  
 y en medio de mi régio campamento,  
 vuestro nombre será siempre escuchado  
 con el mas respetuoso rendimiento.  
 Que no en valde mis bravos caballeros  
 tienen fama de honrados y galantes,  
 al paso que esgrimiendo los aceros  
 las adquieren en las lides de arrogantes.

LEO. No sé sobre el dominio de mi alma  
 que influjo egerceis vos inusitado,  
 que al veros cobro mi perdida calma,  
 creyéndome feliz á vuestro lado.  
 Sois el ángel que en días mas hermosos  
 me fingia en mi loca fantasia;  
 en medio mis ensueños deleitosos  
 embriagados de luz y de armonia.  
 De aquella edad en que gocé dichosa  
 de encantos inocentes é infantiles,  
 pura y tranquila cual la fresca rosa  
 velada entre el jazmin de los pensiles.  
 Entonces ¡ay! juzgaba que veía  
 en medio de mi ensueño vaporoso,  
 un ángel que apacible y generoso  
 su amistad y su apoyo me ofrecia.  
 Y mi orfandad cubriendo con su manto  
 el peligro de mi siempre apartaba,  
 y hora conmigo en mi placer gozaba,  
 hora en mis duelos derramaba llanto.  
 Esa incansable sombra que me acosa  
 y que á mi encuentro sale inoportuna,  
 una escena me anuncia desastrosa  
 que á sucederme va sin duda alguna.  
 Mas que el ángel sois vos, ya no lo dudo,  
 que miraba en mi ensueño deleitoso;  
 si, vos sereis el formidable escudo  
 que á el peligro me arranque generoso.  
 En medio de este vértigo terrible  
 que parece la voz de mi destino,  
 tan solo en vos, mi corazón sensible  
 de poderse salvar halla el camino.  
 Solo en vuestra amistad, señor, confio.

FER. Bien podeis confiar, Leonor, en ella,  
 que á mi poder unida y á mi brio  
 amparará vuestra existencia bella.  
 Si alguno el agraviaros intentára  
 y á ejecutar su intento se atreviera,  
 sobre mi helado tronco antes pasára  
 que su horrible delito consiguiera.

#### ESCENA VII.

Dichos, DON TELLO.

TEL. Un emisario del conde  
 de Burgos, que acaba ahora  
 de llegar á el campamento,  
 desea tener la honra  
 de poder hablar con vos.

FER. Decid que al rayar la aurora  
 puede volver.

LEO. (á don Tello.) Aguardad.  
 Tal vez sea alguna cosa  
 de importancia y necesite

alguna entrevista pronta.  
Recíbidle, que yo en tanto  
aquí á la cámara próxima  
me retiro.

FER. (á don Tello.) Dejad que entre.

ESCENA VIII.

DON FERNANDO, LEONOR.

FER. Leonor, al rayar el alba  
volveré otra vez á veros,  
hasta entonces procurad  
que ese pavoroso espectro  
no atosigue vuestra mente  
con su fatídico ensueño.

LEO. Tanta esperanza me ha dado  
vuestro valeroso acento,  
que esa sombra silenciosa  
tornar á ver nunca espero.

ESCENA IX.

DON FERNANDO, GONZALO, que observa á LEONOR al  
retirarse esta.

FER. Así me place Leonor;  
á vuestro angustiado seno  
torne otra vez la alegría,  
y esas fantasmas del miedo  
no vuelvan mas á aflijiros.

GON. (ap.) Sin duda me guía el cielo!  
Esa es Leonor!.. por mi fé,  
que llegar á mejor tiempo  
jamás hubiera podido.

LEO. A Dios, señor.

FER. (á Leonor.) Hasta luego.  
(Leonor se retira por la derecha.)

GON. El noble conde de Burgos  
mi ilustre señor y dueño,  
no muy distante de aquí,  
y á la impaciencia cediendo  
de anunciaros que á la aurora  
avistará el campamento  
con cuatrocientos ginetes  
y unos dos mil ballesteros,  
me ha mandado adelantarme  
para anunciaros mas presto  
su llegada, y ofreceros  
hasta tanto sus respetos.

FER. Harto cierto estaba yo  
que el conde, con sus guerreros,  
asistiría valiente  
á combatir el primero,  
contra quien tala mi tierra  
entrándola á sangre y fuego.

ESCENA X.

Dichos, SANCHO FORTUÑO.

FER. Guzman, el conde de Burgos  
me envía este mensajero,  
para anunciar su llegada  
á mi régio campamento  
al despuntar de la aurora.  
Ya mirais que á mejor tiempo  
jamás pudiera venir  
tan valeroso guerrero,  
á prestarnos con su gente

tan importante refuerzo.  
Así, Guzman, ya es preciso  
que el combate presentemos  
á la llegada del día,  
el necio orgullo abatiendo  
del insolente navarro,  
que en su injusto desafuero,  
osó quebrantar perjuro  
la fé de su juramento.

SAN. Al ver, señor, estas mallas  
cubrir mi ofendido pecho,  
recuerdo el limpio blason  
que sustenté en otro tiempo,  
y que hoy pienso recobrar  
en el combate sangriento.  
Ah! si pudierais mirar  
la amargura y el veneno  
que despedazan horribles  
con un dolor sordo y lento  
mi corazón abrumado  
de tantos padecimientos,  
no diriais, es preciso  
que el combate presentemos,  
sino á morir ó vencer  
gritárais de furia lleno,  
esgrimiendo en faz horrible  
el ya desnudado acero.

FER. Guzman, templad un instante  
vuestro entusiasta ardimiento,  
que ya la vecina aurora  
del oriente no está lejos,  
que ha de darnos la señal  
del ya deseado encuentro.  
En tanto, vamos al campo  
á disponer los guerreros,  
y á marcar á cada gefe  
sus soldados y su puesto.  
A vos, valiente Guzman,  
os confío el mando entero  
de unos cuatro mil peones  
y mil quinientos pecheros,  
que son en Leon nacidos  
y ginetes harto diestros.

SAN. Señor, permitid no admita  
encargarme de ese puesto  
tan honorífico y noble;  
no es porque no sienta el celo  
que un buen gefe necesita  
para mandar á sus tercios,  
sino porque habrá otros muchos  
en vuestro bizarro ejército,  
mas prudentes y aguerridos  
que yo, pobre y débil viejo.

FER. Guzman, excusas son esas  
que anuncian un caballero,  
y que por lo tanto afirman  
mi acertado nombramiento.  
Ninguno, Guzman, cual vos  
siente animado su pecho,  
ninguno que arda impaciente  
de la venganza en el fuego,  
ni que de lavar su honor  
le agite el dulce deseo,  
con la sangre corrompida  
de quien le afrentó soberbio.  
Así, Guzman, que cumplais  
mi voluntad hoy espero.

(A Gonzalo.)

Y vos, hasta que yo vuelva,

quedad en este aposento,  
 pues tengo que remitir  
 á vuestro conde unos pliegos,  
 y es preciso que salgais  
 á encontrarle en breve tiempo,  
 para que ataque la espalda  
 de los enemigos tercios.  
 Ahora marchemos nosotros  
 al pabellon del de Olmedo.  
*(se retira con Sancho Fortuño por el fondo.)*

## ESCENA XI.

GONZALO.

Marcha, si, ve, noble rey  
 á entusiasmar tus guerreros,  
 en tanto que tu enemigo  
 en las traiciones maestro,  
 te roba lo que tú encierras  
 en tu mismo campamento,  
 sin que impedírsele pueda  
 la hidalguia de tu pecho,  
 ni el poder y fortaleza  
 de tu victorioso acero.  
 Mas qué aguardo? Presuroso  
 y rápido vuela el tiempo,  
 y don Fernando vendrá  
 pasados unos momentos,  
 y entonces, todo es perdido...  
 Si astuto no me aprovecho  
 de su ausencia, nada vale  
 mi hipócrita fingimiento.  
 Asi pues, en este instante  
 tan solo en obrar pensemos.  
 Si sacar logro á Leonor  
 de esta tienda, y en silencio  
 con el engaño y la astucia  
 la llevo hasta el campamento  
 de D. Garcia, mil doblas  
 de oro será mi premio.  
 Esto es lo que á mi me importa,  
 lo demas no vale un bledo,  
 reciba yo las monedas  
 y aunque se hunda el mundo entero.  
 Mas aqui llega.

## ESCENA XII.

GONZALO, LEONOR, JIMENA.

GON. Señora,  
 el rey me manda á buscaros,  
 y su orden para anunciaros  
 á vuestro encuentro iba ahora.  
 LEO. Pues no hace un corto momento  
 que aqui mismo le hablé yo?  
 GON. Cierto; mas luego salió  
 revisando el campamento;  
 y del duque al penetrar  
 allá en la tienda postrera,  
 el que hasta allí os condujera  
 tuve el honor de escuchar.  
 LEO. Entonces, partamos luego.  
 Jimena, acompañame,  
 que hasta que á su lado esté  
 no puedo encontrar sosiego.  
*(se retiran por el fondo.)*

## ESCENA XIII.

MANRIQUE, ROBLEDO.

MAN. Parece que ya la aurora  
 las sombras va desterrando,  
 y al horizonte abanzando  
 ya el firmamento colora.

ROB. Si, mas su dorado coche  
 envuelto en nubes de grana,  
 con la luz de la mañana  
 no alumbra la oscura noche.  
 Su clarida es tan incierta  
 que casi al brillar se apaga,  
 y lucir ó ahogarse amaga  
 como una luz casi muerta.  
 Mas bultos veo á lo lejos,  
 sino engañan á mis ojos  
 los fulgores medio rojos  
 que el dia lanza en reflejos.

MAN. Tal vez, Robledo, serán  
 el rey y sus caballeros.  
 No ois crugir los aceros  
 de las cotas?

ROB. Si, aqui están.

## ESCENA XIV.

*Dichos, DON FERNANDO, SANCHO FORTUÑO, varios  
 caballeros armados de punta en blanco.*

FER. Visteis, Guzman, el entusiasmo noble  
 con que á lidiar se aprestan mis guerreros?  
 De ese Navarro hipócrita y perjuro  
 el numeroso y formidable ejército,  
 antes que el sol con su fugosa lumbre  
 radiante brille en la mitad del cielo,  
 roto y vencido, quedará humillado,  
 á nuestras plantas su pendon rindiendo.  
 Mas, ¡ay! Guzman, si vierais cual se agita  
 con rápido latir mi triste pecho?  
 Si en él patente, á mi pesar, mirarais  
 el aciago y horrible pensamiento  
 que me asalta do quier?

SAN. Que es lo que escucho?  
 á vuestro corazon tal vez el miedo  
 de vencido quedar, pudo asaltarle?  
 Asi dudais del valeroso esfuerzo  
 que en cien combates pródigos mostraron  
 vuestros fieles é intrépidos guerreros?  
 Mengua seria, que el honor manchára  
 de vuestro fuerte y respetado cetro!

FER. No es pavor, buen Guzman, que asalte  
 impio

á mi valor probado en cien encuentros  
 lo que me agita asi, que baldon fuera  
 por mi vida temblar; es que entreveo  
 en medio de la lucha encarnizada,  
 al enemigo rey caer muriendo  
 sobre la roja arena, traspasado  
 su corazon con el sangriento acero.  
 Es mi hermano, Guzman, y aunque un vi-  
 llano

ha sido siempre para mi, en mi seno  
 aun hay cenizas que perennes viven  
 del fraternal y sacrosanto fuego.

SAN. Justo es, D. Fernando, que cual noble  
 compadezcáis á su destino adverso;  
 mas es preciso que cual fiel soldado

el honor defendais de vuestro reino,  
y que vuestro dolor sacrificando  
atendais solo á su interes primero.

FER. Guzman, de mis deberes no me olvido,  
ni de mi patria al bien me nuestro ageno,  
aunque su muerte como hermano llore,  
como monarca mi deber cumpliendo,  
si en el combate por mi mal le hallase,  
la cruda muerte le dará mi acero.  
Guzman, mientras anuncian los clarines  
con su sonoro y belicoso acento  
el instante fatal, á vuestra hija  
demos acaso nuestro á Dios postrero.  
Manrique, á Leonor pasad aviso  
y hasta aqui conducidla.

## ESCENA XV.

*Dichos, menos MANRIQUE.*

FER. Y vos, Robledo  
asentad; que es preciso que al de Burgos  
escribais al instante en este pliego,  
para que abance hasta atacar la espalda  
del enemigo campo, pues cortado  
solo les resta el miserable medio  
de morir, su existencia disputando,  
ó á mi pendon rendirse prisioneros.

## ESCENA XVI.

*Dichos, MANRIQUE.*

MAN. Señor, en vano con presteza suma  
he corrido do quier ese aposento;  
solo á mi voz ha contestado sordo  
en su recinto solitario, el eco  
que á perderse y morir iba lejano  
por sus salones tristes y desiertos.

SAN. Manrique, que decis? Es imposible.

MAN. La verdad sola es lo que estais oyendo.

## ESCENA XVII.

*Dichos, despues JIMENA.*

FER. Si algun traidor... mas que rumor resuena?  
*(mirando por la ventana.)*

Qué murmura esa gente ahí apiñada?..  
Quién penetra hasta aquí? Cielos! Jimena,  
ah! todo lo comprendo, desdichada.

*(á Jimena.)*

En donde está Leonor, pronto, responde,  
responde, por tu vida?

JIM.

La han robado.

SAN. La han robado! Gran Dios!..

FER.

Dime, y dónde

ese raptor cobarde la ha llevado?

Dime pronto, quién es?

JIM.

El que fingia

ser del conde de Burgos mensajero,  
y era solo un cobarde caballero  
que vino aquí sirviendo á D. Garcia.  
Lejos al verse ya del campamento  
y en medio de unas tropas de su bando,  
torna, me dijo audaz, corre al momento  
y lleva esta noticia á don Fernando.  
Dile que de Leonor hoy se despida,  
pues guardada entre fuertes torreones  
para que al fin la llore ya perdida  
no le valdrán sus lanzas ni leones.

*Y di á Guzman, que pues su estrella impia  
arrebatarle quiso esta hermosura,  
la verá en su dolor y en su amargura  
en poder del monarca don Garcia.*

SAN. Eso no, vive Dios; primero el orbe  
mil pedazos se hará; quizá mi lanza  
antes de un hora ese placer le estorbe,  
su corazon rasgando en mi venganza.

*(es de dia. Se oyen clarines.)*

FER. Si, venganza; no ois el limpio acento  
que al pecho enchido de valor inflama?  
Es la trompa marcial que al campo llama  
quien busca gloria entre el lidiar sangriento.  
Si hoy adversa nos fuera nuestra suerte,  
juradme por la fé de caballeros,  
que antes que doblegar vuestros aceros  
lidiando alcanzareis gloriosa muerte.  
Lo jurais, castellanos?

TODOS.

Lo juramos.

FER. Con ese noble aliento y bizzarria  
ya la victoria nos prepara el dia.  
A lidiar con honor pronto salgamos,  
y con sangre al lavar nuestra mancilla  
hagamos ver, que si en su orgullo vano  
alguien nos reta hasta el combate insano,  
polvo le harán las armas de Castilla.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

## ACTO TERCERO.

Salon de armas, de un castillo, no muy distante de  
Burgos. Dos puertas laterales á la izquierda; una á la de-  
recha, y otra en el fondo.

## ESCENA PRIMERA.

DON GARCIA, DON RAMIRO.

GAR. Ramiro, que es el luchar  
inútil, bien imagino,  
contra el aciago destino  
que á mi fortuna ha de hollar.  
Mas sin embargo, arrostrarle  
sabré cual firme soldado,  
y en vez de esquivarle, osado  
prefiero desafiarse.  
Si de mi estrella el fulgor  
hoy se apaga por mi mal,  
en lucha tan desigual  
sucumbo, mas sin temor!

RAM. Aun será fácil hallar  
quién al interés vendido,  
se muestre al fin decidido  
vuestra evasion á amparar.  
Entonces en vuestra tierra  
con riquezas y con gente,  
¿quién osaria imprudente  
llevaros allí la guerra?  
Nadie, que al solar ageno  
no es lo mismo el atacar,  
que el defenderse y triunfar  
dentro del propio terreno.

GAR. Harto caro lo aprendi!  
Allá en Navarra triunfé,  
y en cuanto en Castilla entré  
roto y disperso me vi.

Allá en mi reino, los moros  
 mil veces se adelantaron,  
 y á mi valor se humillaron  
 y rindieron sus tesoros.  
 Los despojos y la préz  
 que mis triunfos consiguieron,  
 por fin me desvanecieron  
 aumentando mi altivéz.  
 Y como á esos africanos  
 á quienes siempre vencí,  
 derrotar también creí  
 á esos fieros castellanos.  
 Mas al entrar por su tierra  
 con riquezas y con gente,  
 osando audaz é imprudente  
 traer hasta aquí la guerra.  
 Supe que al solar ageno  
 no es lo mismo el atacar,  
 que el defenderse y triunfar  
 dentro del propio terreno.  
 Que aquí entre pérfida saña  
 albergue da cada choza  
 á quien mis gentes destroza  
 antes de entrar en campaña.  
 Que aquí todos por do quier  
 contra mí se amotinaron,  
 y las armas empuñaron  
 para mi esfuerzo vencer.  
 Mas si hoy mi destino insano  
 me arroja en mi negra suerte,  
 para recibir la muerte  
 sobre el suelo castellano,  
 no importa; sucumbiré,  
 mas será con la esperanza  
 de que en mi aciaga venganza  
 también los alcanzaré.

RAM. Difícil será, señor,  
 que vencidos y sitiados  
 jamás podremos osados  
 llegar hasta el vencedor.  
 El esfuerzo y bizarría  
 con que hasta ayer nos sentimos,  
 hoy cobardes los perdimos  
 en el combate del día.  
 La victoria tan soñada,  
 esos fieros castellanos  
 nos quitaron de las manos  
 en esta fatal jornada.  
 Y fortuna fué, por Dios,  
 que llevarais buen arnés,  
 pues sinó, aquel Leonés  
 de un golpe acaba con vos.  
 Aun creo, con su lanzon,  
 verle gente derribando,  
 con sus voces animando  
 á sus bravos de Leon.  
 Jamás en combate ví  
 un viejo con tanto ardor.

GAR. Y el padre de Leonor,  
 decis que es?

RAM. Según oí,  
 á Gonzalo en la batalla,  
 que al lejos le divisó,  
 y á conocerle acertó  
 por la garzota y la malla.  
 Que aunque un pequeño momento  
 pudo mirarle, vestía  
 el traje que antes tenía  
 en su mismo campamento.

Y según pudo alcanzar  
 desde la torre de Oriente,  
 él es quien más diligente  
 procura el cerco estrechar.

GAR. Que importa que en su furor  
 mis torres logren vencer,  
 si conservo en mi poder  
 á la infelice Leonor?  
 Cuando en su triunfo marcial  
 penetren con alegría,  
 freno pondrá á su osadía  
 el hierro de mi puñal.  
 Si bajo su honor y fé  
 libre me dejan marchar  
 y hasta Navarra llegar,  
 á Leonor entregaré.  
 Mas si en su ciega esperanza  
 de rendirme y recobrarla,  
 me lo niegan, inmolarla  
 sabré á mi propia venganza.

RAM. Cielos! qué acabo de oír?  
 Y tendríais corazón  
 para hacer, sin compasión,  
 á esa infelice morir?  
 Jamás, señor, no queráis  
 ensangrentar vuestra historia  
 con la infamante memoria  
 que en vuestro enojo ideáis.  
 Si es la muerte vuestro sino  
 con firmeza la esperad,  
 sin que la futura edad  
 os dé el nombre de asesino.

GAR. Ramiro, sella tu boca,  
 que en vez de darme templanza  
 tu consejo, á la venganza  
 mas á mi furor provoca.  
 Y no te olvides si callo  
 y á veces hablarte quiero,  
 que no eres mi consejero,  
 sinó un mísero vasallo.  
 Y que tan solo tu ley  
 debe ser mi voluntad,  
 sin que cumpla á tu humildad  
 aconsejar á tu rey.

(se retira por la izquierda.)

## ESCENA II.

RAMIRO.

Jamás á ser consejero  
 de mi rey podré llegar,  
 pero yo sabré estorbar,  
 por mi fé de caballero,  
 ese pensamiento fiero  
 que se atrevió á proponer.  
 Yo sabré astuto torcer  
 el vil puñal homicida,  
 que quiere arrancar la vida  
 de una infelice mujer.  
 Jamás osaré traidor  
 hasta alzar mi brazo armado  
 contra el pecho respetado  
 de mi natural señor,  
 mas burlaré su furor  
 sin la espada desnudar,  
 que bien puede conciliar  
 quien tiene buen corazón,  
 hacer una noble acción  
 y á su deber no faltar.

Mas, cielos! cuan demudada,  
 Leonor aqise dirige,  
 cual la atormenta y aflige  
 la suerte desventurada  
 con que hoy se mira abrumada.  
 Su presencia evitaré;  
 á solas la dejaré  
 con su pena y su tristura,  
 ya que no la dé ventura  
 su dolor respetaré.  
 (*se retira por la segunda puerta izquierda.*)

## ESCENA III

LEONOR, *sale por la derecha.*

Cuan dura es la aciaga suerte  
 de quien triste y prisionera,  
 tan solo en su mal espera  
 como un consuelo la muerte.  
 Mientras su negro dolor  
 entre estas murallas llora,  
 y á sus verdugos implora  
 la desdichada Leonor,  
 padre amoroso, apartado  
 de mi tambien gemirás,  
 y al pesar sucumbirás  
 sin fuerzas desesperado.  
 O Dios, si en tal situacion  
 no ha de cesar mi tormento,  
 lanzad un rayo sangriento  
 que abraze mi corazon.

## ESCENA IV.

LEONOR, GONZALO, *por donde entró el rey.*

GON. Señora, por qué os mostrais  
 tan afligida? Aun el cielo  
 podrá vuestro desconsuelo...

LEO. Gonzalo, y vos preguntais  
 por qué estoy tan abatida?  
 Por qué al robarme, primero  
 con vuestro traidor acero  
 no me quitasteis la vida?  
 Oh! noble fué vuestra accion,  
 y de valiente á la par,  
 una doncella robar  
 en la noche, y á traicion.

GON. Tened la lengua por Dios.

LEO. Tan infame villania,  
 al ver vuestra faz impia  
 debi sospechar en vos.  
 Si con valor sin igual  
 peleando denodado,  
 os hubieseis presentado  
 entre un combate fatal,  
 y al contrario campamento  
 anoche hubierais batido,  
 y me hubierais adquirido  
 cual prenda del vencimiento,  
 honor fuera sobrehumano  
 el tenerme aqui encerrada,  
 como una presa arrancada  
 del poder del castellano.  
 Mas con un modo grosero  
 apartar una mujer  
 del enemigo poder,  
 es mengua de un caballero.  
 Un caballero! Mal digo,

vos sois un traidor no mas,  
 que no servireis jamás  
 para amigo ni enemigo.  
 GON. Señora, mi obligacion  
 es cumplir con mi deber,  
 sin que á mi me importe ver  
 si es razon ó no es razon  
 lo que mi señor me ordena.  
 El es rey, yo soy vasallo,  
 y asi le obedezco y callo  
 mande cosa mala ó buena.

LEO. Y jamás sentis dolor  
 de ser el vil instrumento  
 de un rey tirano y sangriento  
 sin conciencia y sin honor?

GON. Sirvo al rey por su dinero,  
 mas no por mala intencion,  
 si yo obro á su instigacion  
 él es el mal caballero.  
 Con la ballesta y la espada  
 diez años por él lidié,  
 y mi sangre derramé  
 sin conseguir nunca nada.  
 Entonces, si... es verdad  
 que me llamaban honrado,  
 diciendo que era un soldado  
 con honor y lealtad.  
 Mas qué alcanzaba mi honor?  
 Verter mi sangre do quiera,  
 sin que jamás consiguiera  
 ver premiado mi valor.  
 Entonces reflexioné  
 que asinada alcanzaria,  
 me eché á lo que soy hoy dia,  
 y pienso que no la erré.  
 Asi ya podeis juzgar  
 que si sirvo á mi señor,  
 no es por falta de honor,  
 sino solo por medrar.

LEO. Vos honor? Torpe mentir.  
 Aquel que el honor aprecia,  
 poco es el oro, desprecia  
 hasta su mismo existir.  
 Vos honor! Cuando sangriento  
 si á D. Garcia pluguiese  
 que á vuestras manos muriese,  
 fuerais sin remordimiento  
 mi verdugo.

GON. Fuera ley,  
 ó sino él...

LEO. He entendido,  
 que á veces ha sucedido  
 tornarse verdugo un rey.  
 Pues bien, marchaos de aqui,  
 dejadme en mi triste estado,  
 y no os presenteis osado  
 jamás delante de mi.

GON. Nunca ha sido mi intencion  
 incomodaros, señora.

LEO. Despejad, Gonzalo, ahora,  
 compadeced mi afliccion.  
 (*Gonzalo se retira por el fondo.*)

## ESCENA V.

LEONOR.

Si, pueda á solas llorar  
 sin que haya un solo testigo,  
 puesto que no he de encontrar,

para mi inquietud calmar,  
 en esta torre un amigo.  
 Bajo estos muros guardada,  
 entre este alcázar perdida,  
 dejenme desventurada,  
 por mi tristeza abrumada  
 á solas perder mi vida.  
 Que mas grato es espirar  
 envuelta entre mi dolor,  
 sin que á nadie pueda hablar,  
 que á cada paso encontrar  
 delante de mi un traidor.  
 Tal vez así moriré;  
 que en este torreón fiero  
 donde por mi mal entré,  
 nunca, infeliz, lograré  
 que me ampare un caballero.

## ESCENA VI.

LEONOR, RAMIRO.

RAM. Señora, os engañais; aun estas torres  
 albergue dan en su sombrío centro,  
 á quien honor y lealtad encierra  
 en su valiente y animoso pecho.  
 Noble, Leonor, nací; noble he vivido,  
 y noble mi blason de caballero,  
 siempre brilló con gloria y arrogancia  
 del combatir entre el marcial estruendo.  
 Si hora, por vuestro mal, misera y triste  
 mirais á D. Garcia único dueño  
 de vuestra débil existencia, sola  
 no estais aqui, Leonor, que hay un guerrero  
 que hoy se levanta fuerte en vuestra ayuda,  
 y que sabrá morir por defenderos.  
 Mientras mi pecho aliente, mientras pueda  
 blandir mi brazo el matador acero,  
 no temais que hasta vos llegue ninguno  
 con viles y cobardes pensamientos.

LEO. Ah! quien sois vos que generoso y noble  
 así por defenderme vela inquieto?  
 Cuanto os debo, señor. Pero decidme  
 siquiera quién sois vos?

RAM. Soy un guerrero  
 nada mas, Leonor; un buen vasallo  
 que del crimen y el rey me pongo en me-  
 dio,

y osado evito la afrentosa mancha  
 que empañaria su robusto cetro,  
 y noble amparo con afán ardiente  
 de una doncella el indefenso pecho.

LEO. Mas qué pensais hacer? Quereis altivo  
 contrarestar al rey con vuestro acero?  
 En lid tan desigual sucumbiriais  
 al furor de sus rudos caballeros.

RAM. Leonor, jamás levantaré mi brazo  
 para ultrajar á mi señor y dueño.  
 Su vasallo nací, nunca rebelde  
 me alzaré contra él vil y sangriento.

LEO. Entonces que valdrá vuestra bravura,  
 ni ese por libertarme fuerte empeño?  
 Turbado ante su vista, confundido  
 de su soberbia voz bajo el acento,  
 servil y mudo escuchareis temblando  
 cual sumiso vasallo sus preceptos,  
 y si él os manda ser verdugo mio,  
 ahogando vuestros nobles sentimientos,  
 la muerte me dareis.

RAM. Nunca, señora.

Jamás el deshonor cabrá en mi pecho.  
 Ni jamás contra el rey para salvaros  
 traidor me volveré; tengo otro medio.  
 Mientras con la ruindad y la bajeza  
 me brinde D. Garcia, vano empeño  
 será el suyo tan solo; la deshonor  
 guardar puede para otros caballeros,  
 que aunque un guerrero nada mas yo sea,  
 mas honor que en el suyo hay en mi pecho,  
 y mejor que él, monarca poderoso.  
 á la nobleza y la virtud respeto.

## ESCENA VII.

Dichos, DON GARCIA, que ha escuchado los últimos  
 versos.

GAR. Has olvidado, mísero vasallo,  
 que hablabas de tu rey? Tu mente olvida  
 que á mi poder sujeta está tu vida,  
 cual si fuera de un perro ó de un caballo?

RAM. No lo olvidé señor; mas ved primero,  
 que antes que al deshonor traidor sucumba,  
 bajaré noble á mi gloriosa tumba,  
 á la tumba inmortal de un caballero.

GAR. Silencio, esclavo vil; tu inmunda lengua  
 (le dá un bofetón.)  
 te mandaré arrancar, si es que tu lábio  
 contra tu rey murmura algun agravio.  
 Alejate de aqui

RAM. (op.) Oh! infame mengua!  
 Cuando sufrió mi honor tan vil mancilla,  
 torpe degradacion, cobarde afrenta,  
 que cual marca servil llevo sangrienta,  
 grabada por mi mal en la mejilla?  
 Oprobio impio que á lavar no alcanza,  
 mientras me dure mi manchada vida,  
 mas que su sangre sin piedad vertida,  
 oh! tiembla, infame rey, de mi venganza.)  
 (vase por el fondo.)

## ESCENA VIII.

DON GARCIA, LEONOR.

LEO. Si el que aprecia el honor, rey de Navarra,  
 debe temer á vuestro enojo fiero,  
 para oír de vos mismo mi sentencia,  
 aqui os aguarda mi tranquilo pecho.

GAR. Jamás, Leonor, al que el honor adora,  
 injusto castigar supo mi cetro.  
 La virtud y el honor, prendas sublimes,  
 siempre seguí cual noble caballero.

LEO. Y eso me osais decir, rey D. Garcia,  
 cuando del sol y de la luz huyendo,  
 con la fuerza y el dolo, los hogares,  
 asaltais capitan de bandoleros  
 para robar á una infeliz doncella?  
 Decidme, si podeis, que esto no es cierto?  
 Decid que vos no fuisteis quien impio  
 olvidando el deber de un caballero,  
 arrebató la hija á un noble anciano  
 del centro de su mismo campamento.  
 Reparad, D. Garcia, y ved despacio  
 si disculpa teneis.

GAR. Leonor, la tengo.  
 Harto disculpa mi osadia loca  
 esta pasion ardiente que os profeso,  
 este rendido amor con que os adoro.  
 Vuestra sublime imágen, ni un momento

de mi puedo apartar; en vano lucho  
por olvidarla audaz; que aqui en mi pecho,  
grabada está, para mi mal, ingrata,  
cual una marca de indeleble fuego.  
Ah! la vida sin vos la tengo en nada;  
sin vuestro amor, el mundo es un desierto  
para mi nada mas, y es mi corona  
una pesada carga que aborrezco.

LEO. Pues escuchadme bien: jamás la hija  
del anciano Guzman, podrá en su pecho  
abrigar para vos pasion alguna,  
mas que su odio implacable y su desprecio.

GAR. Leonor, miradlo bien; vuestra fortuna  
ó vuestra muerte, hoy en mi mano tengo.

LEO. Que le importa á Leonor que á vuestro an-  
tojo

el hilo de su vida esté sujeto?  
Intimidarla acaso habeis pensado  
porque seais de su existencia dueño?  
Pues la errasteis, monarca D. Garcia;  
en medio de los mas duros tormentos,  
cuando amarrada al caballete horrible  
sienta crujir mis palpitantes miembros,  
expiraré cual mártir inocente,  
brindándoos al morir con mi desprecio.

(suena un clarin.)

¿No escuchais el sonar de esa trompeta  
que turba de estas torres el silencio?  
Es el clarin marcial; á su sonido  
juran vuestro esterminio los guerreros.  
Es la terrible voz de vuestro sino  
que aqui os aplaza para el juicio eterno,  
do dareis de mi muerte estrecha cuenta  
ante la faz de un Dios justo y severo.

(se retira por la derecha.)

#### ESCENA IX.

DON GARCIA, DON GONZALO, *por el fondo.*

GON. Señor, en este momento  
hablaros quiere un heraldo,  
que en nombre viene al castillo,  
del monarca castellano.

GAR. Pues conducidle al instante,  
que ya impaciente le aguardo.

#### ESCENA X.

DON GARCIA, GONZALO, MANRIQUE.

MAN. En el nombre poderoso  
de mi señor D. Fernando,  
rey de Castilla y Leon,  
vengo á esta torre á intimaros  
á vos, el rey de Navarra,  
que si al tocar á su ocaso  
el sol, no se la rendis  
con todos vuestros soldados,  
la tomará á sangre y fuego  
sus cimientos destrozando,  
y entre sus ruinas undiendo  
vuestro cetro soberano,  
sin que su piedad respete,  
el guante una vez lanzado  
entre el destrozo sangriento,  
ni aun á sus mismos hermanos.

GAR. Decidle al rey de Castilla,  
que antes que llegue á su ocaso  
del sol la encendida lumbre,  
con mis leales navarros

le esperaré en las murallas  
de este alcázar solitario.  
Decidle que sin tardanza  
al punto ordene el asalto,  
donde desafio y reto  
al soberbio castellano,  
y que no he colgado altivo  
de una almena á su emisario,  
porque le lleve ese guante  
que á su corona he lanzado  
(le arroja el guante que recoge Manrique.)  
Despejad.

MAN. Rey D. Garcia,  
de tan atroz desacato  
satisfaccion bien cumplida  
sabrà tomar D. Fernando.  
(se retira por el fondo.)

#### ESCENA XI.

DON GARCIA, GONZALO.

GON. Señor, segun imagino,  
hicisteis un desacierto.  
Si en vez de escitar la rabia  
con vuestro terrible reto  
á el monarca castellano,  
propuestas le hubierais hecho  
para entregarle la torre,  
quizá lograrais, al menos,  
quedar sin peligro alguno  
en su córte prisionero,  
en tanto que vuestro cange  
tratára el navarro pueblo.  
Mas ahora, quien sabrá  
si en el combate sangriento  
sucumbireis?

GAR. Nada importa.  
Morir solo es mi deseo;  
mas morir con el placer  
de que ya vengado quedo.  
Gonzalo, ha pocos instantes  
ya te dige mis intentos,  
con que audacia y entereza.  
Cuando notes que cediendo  
van mis cansados soldados  
á su vencedor sangriento,  
entonces, sin compasion,  
hunde en su pecho tu acero.

GON. Pobre Leonor.

GAR. Y no olyides  
que no alcanzarás en premio  
tu vida si á ella la salvas.  
Que tú eres el ballestero  
que á D. Alonso mató  
sabe D. Fernando ha tiempo,  
y el inmolarte ha ofrecido  
bajo féde juramento.  
Con que asi, jamás vaciles;  
ya que tu destino adverso  
te arrastra tambien, procura  
vengado morir al menos.

GON. Hartas pruebas os he dado  
para fiar en mi esfuerzo.

GAR. Y por eso hoy á tu daga  
toda mi venganza entrego.  
Con que marcha á tu destino  
mientras que yo el mio espero.  
(se retira por la primera puerta izquierda.)

## ESCENA XII.

GONZALO, DON RAMIRO.

RAM. Gonzalo, todo lo oí,  
y pues tu vil corazón  
tan solo abriga traición,  
oye á lo que vengo aquí.  
Si á la infelice Leonor  
quieres humano salvar,  
bien puedes aun alcanzar  
el perdón del vencedor.  
Que aunque eres el ballestero  
que á D. Alonso mató,  
que es, bien sabes, como yo,  
D. Fernando un caballero.  
El su perdón te ha de dar  
viendo que eras su verdugo,  
y mas que herirla, te plugo  
su existencia conservar.  
Así, escucha mi tratado;  
ó libertarla y vivir,  
ó asesinarla y morir  
trás ella descuartizado.  
Decidete.

GON. Ya lo estoy.  
Si estorbar esa venganza,  
del rey mi perdón alcanza,  
quien la defiende yo soy.  
A su lado corro.

RAM. Si  
con ella aguarda encerrado,  
y aunque llamen, ten cuidado  
de á nadie abrir mas que á mi.  
Por la poterna escusada  
del callejon subiré,  
y para avisarte haré  
por señas una palmada.  
(Ramiro se retira por la puerta del fondo.)

## ESCENA XIII.

GONZALO.

Buen enredo, vive Dios.  
Y en este trance terrible,  
aunque quiera es imposible  
poder servir á los dos.  
Si entre estas dudas batallo,  
y al que no sirvo me agarra,  
sin compasion me desgarras  
como á un rebelde vasallo.  
(medita un poco.)  
Mas ya decidi. A Leonor  
la salvaré ó daré muerte,  
según á quien hoy la suerte  
quiera hacer el vencedor.  
De ese modo siempre quedo  
con quien venza en buen lugar,  
pudiendo además jugar  
esta partida sin miedo.  
Así pues, sin aprension  
ya espera el lance fatal,  
en que impune mi puñal,  
salve ó dé sin compasion.  
(se retira por la derecha.)

## ESCENA XIV.

DON GARCIA.

Ya envuelta entre la noche pavorosa

languida reina la argentada luna,  
por la estendida tierra silenciosa  
derramando su luz inoportuna.  
Débil el viento, con su manso arrullo,  
al tropezar contra mi parda torre,  
forma armonioso y plácido murmullo  
si sus almenas fúnebres recorre.  
Todo risueño con su aspecto augura  
felicidad sin fin sobre la tierra...  
solo yo, sin amparo y sin ventura  
víctima soy de mi sangrienta guerra.  
Mientras otros en plácidos salones  
gozarán de la vida y la belleza,  
yo, lidiando entre rotos murallones  
perderé mi corona y mi cabeza.  
Pero lidiando, sí, lidiando fiero  
contra esas huestes que abortó Castilla,  
mi colosal renombre de guerrero  
encerrando en mi tumba sin mancilla.  
Que aunque hoy en esta torre devastada  
me abandone al morir mi negra suerte,  
solo con mi valor y con mi espada  
grande he de ser en mi sangrienta muerte.

(se percibe rumor y ruido de armas.)

Mas que extraño rumor!.. es de batalla.  
Tal vez será mi hermano D. Fernando,  
que asaltará soberbio la muralla  
con las feroces tropas de su mando.  
Corro á su encuentro fuerte y valeroso,  
para humillar su indómita bravura,  
ó á hallar entre el asalto belicoso  
de un infelice rey la sepultura.

## ESCENA XV.

DON GARCIA, SANCHO FORTUÑO.

SAN. Agonizante rey, si ansioso corres  
á espirar en la punta de un acero,  
no salgas á los muros de tus torres,  
que tu existencia es mia, y yo la quiero.  
Os sorprende el mirar que me haya entrado  
solo, y desnuda la tajante espada,  
y que haya altivamente demandado  
vuestra vida de crímenes manchada?  
Pues escuchad; no oís? Está vencido  
el muro por las armas de Castilla,  
en tanto que yo aquí me he introducido  
para lavar con sangre mi mancilla.

GAR. Y tú quien eres, misero gusano,  
que osas así, con tanta bastardia,  
y con lábio blasfemo, ruin villano,  
la vida demandar de D. Garcia?

SAN. No conocéis mi frente deshonrada?  
Sancho Fortuño soy, soy el esposo  
que á recobrar hoy viene con su espada  
el honor que ultrajasteis licencioso.  
Sí, D. Garcia, hoy vengo en mi coraje  
con vuestra sangre á rescatar mi honra,  
y á vengar el cobarde y ruin ultraje  
que hace quince años ya que me deshonra.  
También vengo en el nombre de otra dama  
á quien vil mancillasteis y altanero,  
y cuya sombra por venganza clama  
contra el autor del torpe desafuero.  
La sombra, sí, de la infeliz Mencia,  
que espiró siendo madre en su abandono,  
reclama sin cesar de noche y día,  
al asesino infiel que mancha un trono.

GAR. Basta, traidor; pues tu cobarde lengua ha osado hasta insultarme con vileza, de tan villana y miserable mengua, tú me satisfacerás con tu cabeza.

SAN. Pues venid á tomarla, D. Garcia, que en medio de la lucha encarnizada, cuando recuerde la venganza mia, yo partiré la vuestra con mi espada.

(riñen.)

GAR. Soy muerto, maldicion.

SAN. Os he vencido.  
Con vuestra sangre al fin mi honra he lavado.

GAR. (gritando.) Gonzalo, véngame.

SAN. ¿Qué es lo que he oido?

GAR. Sancho Fortuño, al fin muero vengado.  
(cae sobre un sillón.)

SAN. Vos vengado morir, no lo comprendo?

GAR. Si, yo corté de Leonor la vida, vengador de mi mismo.

SAN. Ah! ya lo entiendo.  
Te has vengado en tu sangre, parricida.

GAR. Qué escucho? Leonor...

SAN. Si, desgraciado,  
fruto es de tus amores con Mencia.

GAR. Y yo cruel la he asesinado!!!  
verdugo muero de la sangre mia.

(espira.)

SAN. Si, si, verdugo de tu sangre has sido.

Pero noble, esta accion infamatoria, yo sabré sepultar en el olvido.

Tan inmundo furor, jamás la historia

en la futura edad verá esculpido,

para infamar tu nombre y tu memoria.

Yo lloraré en Leonor mi hija perdida,  
sin que te llame el mundo parricida.

#### ESCENA XVI.

Dichos, DON FERNANDO, MANRIQUE, ROBLEDO, y ballesteros etc.

FER. Dónde se oculta de mi saña ardiente ese cobarde rey?

SAN. Miradle.

FER. Muerto!

SAN. En franca lucha y singular combate sucumbió como cumple á un caballero. Sancho Fortuño soy, mi nupcial tálamo mancilló D. Garcia allá en su reino, y su sangre, que ardiente he derramado,

mi nombre y mi blason hoy me ha devuelto. Mas cuan caros me cuestan, D. Fernando. En esta misma torre, hace un momento que mi hija Leonor ha sucumbido bajo el puñal de D. Garcia.

FER. Cielos!

Con ese crimen de barbarie impia de su vida de horror cerró el sendero? Infando crimen, que su nombre infama!

SAN. Si, D. Fernando, si, crimen horrendo; tan impio y brutal, que es imposible que lleguéis, tal cual es, á comprenderlo.

#### ESCENA XVII.

Dichos, LEONOR, RAMIRO, por la derecha.

LEO. Padre mio!

SAN. Leonor, hija querida!

Es realidad ó sueño lo que miro!

A quién eres deudora de tu vida?

LEO. A el noble corazon de D. Ramiro. El solo con su esfuerzo ha conseguido vida y honor ilesos conservarme, y es quien el hierro impio ha detenido que el hilo de mi vida iba á cortarme.

FER. Cuanto poseo es vuestro; generosa por su rey vuestra espada hoy ha lidiado, y amparó la existencia de una hermosa. Como valiente y noble habeis obrado.

RAM. Solo á el placer que en mi conciencia hallo, no á recompensa interesada aspiro, que aunque encerrado en pecho de vasallo noble es el corazon de D. Ramiro.

FER. Jamás lo olvidaré; siempre en mi mente de vuestro proceder franco y honrado, una memoria mantendré patente. Siempre en mi pecho vivirá grabado que hubo un guerrero intrépido y valiente, que al honor y nobleza acostumbrado, se lanzó con prudencia y bizarria, y entre el crimen se puso y D. Garcia.

FIN DEL DRAMA.

MADRID, 1847:

IMPRENTA DE VICENTE DE LALAMA,

CALLE DEL DUQUE DE ALBA, N. 13.

mi nombre y en blason boy me ha de servir  
Mas con estos me quedo D. Fernando  
En esta ciudad con el paje de su casa  
que en su casa se crió y criado

ACTO II

Contra el amor de la patria y patria  
de su vida y honor como el soldado  
infante de la patria que se crió en patria  
de su vida y honor como el soldado

ACTO III

Diego Labrador, hijo de la casa

1.º Labrador

La realidad de su vida y honor

A quien con su vida y honor

El solo con su vida y honor

Y es quien el amor de la patria

que el amor de la patria

Por tanto por su vida y honor

Y es quien el amor de la patria

que el amor de la patria

Por tanto por su vida y honor

Y es quien el amor de la patria

que el amor de la patria

Por tanto por su vida y honor

ACTO IV

ACTO V

IMPRESA DE VICENTE DE LA ALA

CALLE DEL COLEGIO DE SAN JUAN

San Blas, hijo de la casa  
de su vida y honor como el soldado  
infante de la patria que se crió en patria  
de su vida y honor como el soldado

San Blas, hijo de la casa

Con su vida y honor como el soldado

San Blas, hijo de la casa



